

Individualismo globalizado y el misterio de la empatía*

Sandra Martínez

Introducción

Este trabajo trata sólo de esbozar algunos pensamientos respecto del mundo contemporáneo, resultado de un desarrollo histórico que ha dejado las influencias más perversas que los hombres repiten sin encontrar explicación a las dudas del tipo: si esa repetición se debe a una cuestión de conveniencia, si puede ser el producto de la naturaleza humana, si es realizada a partir de reglas inamovibles, impuestas por medio de un trabajo incesante de algunos sectores para que esto no sufra modificación alguna o si es una mixtura de todo esto.

La empatía, utilizada comúnmente como un método de concientización social durante la etapa de la niñez, ha sido estudiada en psicología, filosofía, sociología y, en alguna medida, sin poder por lo pronto aseverar si la teoría es acertada o errónea, se ha querido explicar el fenómeno de las mentes criminales ya que, de acuerdo a las conclusiones de algunas teorías psicológicas y neurológicas, ciertas personas carecen de ella.¹

Si la empatía, como luego veremos, es una forma de aprehender la vida anímica del otro, el individualismo implicaría un cierto alejamiento de la posibilidad de que ella pueda aparecer como aporte social, como remedio a la indiferencia del hombre frente a los “distintos”. Veremos qué tan cerca puede estar a nuestro entender de ser un remedio, un intento inútil más de mitigar algo tan complejo (o simple) como el egoísmo humano, o un pequeño aporte para lograr un acercamiento.

No es intención de este trabajo remontarse a un período muy lejano a nuestros días. Eso implicaría una tarea de investigación que excedería el objetivo y

* Trabajo elaborado durante 2015 en el marco de la materia "Derecho Justicia: una mirada desde las Ciencias Sociales y la Epistemología" (a cargo del profesor Claudio Martyniuk), correspondiente a la Carrera de Especialización en Magistratura de la Escuela del Servicio de Justicia.

¹ S. Baron-Cohen, Empatía cero (nueva teoría de la crueldad), Alianza, 2012.

haría que se complejizara con datos históricos una elaboración breve de estas también “breves” ideas, sino el de pensar al hombre de hoy, la realidad percibida, y los conceptos preexistentes incorporados a través de la educación y la cultura, como un producto comparado al de las artes plásticas. Pensar si se quiere al hombre de acuerdo al mundo que ha “hecho”.

Tampoco el presente trabajo posee ínfulas de rigor científico ni nada que se asemeje -quien suscribe posee plena conciencia de la amplitud de la literatura pendiente y de los límites de su intelecto-, tan solo aspira a ser una expresión de los pensamientos inacabados y recurrentes de un ser inmerso en el mundo que observa muchas veces con desolada incompreensión.

Individualismo globalizado

Ya sabemos algo de la historia del capitalismo: mercantilismo, revolución industrial, capitalismo financiero, fases de un sistema que nos guía. Tan estrecha es la brecha entre acumulación de riqueza e individualismo, como la de la burocracia (en el sentido del hombre como parte de un engranaje que obedece, sin tiempo tal vez de interiorizarse sobre cuestiones sociales ajenas a su rutina) y el capitalismo.²

El capitalismo y sus consecuencias no son para nada desconocidos. Se sabe que la distribución de la riqueza no es de ninguna manera proporcionada -de proporción- y que, valga la redundancia, esa riqueza no está distribuida de manera tal que no haya una parte de la población en el mundo que se encuentre sin sus necesidades básicas insatisfechas.

La falta de imaginación para tratar de establecer una alternativa concreta ha sido a mi entender la principal causa de estancamiento, la imposibilidad de encontrar nuevas soluciones que modifiquen lo “dado” o heredado -el sistema político, las formas del capitalismo y del no capitalismo, los

² Martyniuk reflexiona respecto de la herramienta burocracia y el capitalismo: “El capitalismo desarrolló formas de opresión burocráticas y tecnocráticas -opresión en nombre de la función-, que no se resuelven confiscando bienes. La URSS, enseguida advirtió SW, congregó tres burocracias: estado, empresas, y organizaciones obreras. C. Maryniuk, “Jirones de piel, ágape insumiso. Estética, epistemología y normatividad”, pág. 87.

valores y símbolos proporcionados en cierta medida por las ideologías predominantes o dominantes-.

Las teorías críticas son de gran ayuda para lograr una conciencia social del derecho, pero ni éstas ni otras teorías han propuesto un modelo innovador más allá de las críticas al statu quo.

Lo dicho anteriormente (falta de imaginación) no invalida el invaluable aporte durante las décadas posteriores a la segunda guerra mundial que se ha generado en base a la concientización de los horrores experimentados, conciencia que se ha manifestado en los tratados internacionales de derechos humanos. Por supuesto que estas prácticas locales e internacionales han logrado un avance sin precedentes en la positivización de esos derechos y la tutela mundial³ de los mismos, pero no es suficiente. Nada cuida a los desprotegidos del sistema de la vulneración sistemática de esos derechos (humanos) que se plasman en las letras de las leyes como universales, a los que me permito llamar: ficción occidental. Una ficción que queda expuesta cuando una mujer ha sido encontrada culpable de un acto contrario a la ley de un Estado de oriente y sentenciada a morir apedreada. Téngase especial cuidado en la interpretación de esto, ya que lo dicho no opera en este caso como una apreciación valorativa de dicha conducta, sino como una afirmación evidente de la existencia de culturas distintas, y cuyas prácticas horrorizan a un occidente "humanitario". A nuestro entender, la fuente del horror proviene de la exclusión de falencias propias a tener en cuenta al momento de emitir los juicios de valor sobre las normas jurídicas de otras culturas. Hubo una mujer sentenciada a morir de esa forma en oriente, pero en occidente hay millones que mueren sentenciados por la indiferencia, un apedreo en gotas cuyo paraguas, en mi opinión debe ser el derecho.

El objetivo central del conjunto de países globalizados debiera ser – aunque fuera de difícil cumplimiento-: desnutrición cero, analfabetos cero, sin

³ Es importante mencionar que sólo un Estado que ha firmado un tratado está obligado, por lo que sería lógico que no fuera correcta la característica de universalidad que se menciona cuando se habla de los derechos humanos. Aún firmando un tratado internacional el Estado puede hacer reservas para evitar los efectos jurídicos de alguna norma incluida en él. Por ello la palabra mundial señalada como está en el texto viene a significar que una gran cantidad de países le han dado una acogida favorable a estos tratados, dejando expresamente a un lado la idea de totalidad que la palabra en sí misma sugiere.

vivienda cero, pobreza cero, pero no es en verdad la prioridad de agenda de nadie, porque de lo contrario no estaría escribiendo sobre este tema.

Cuando se invoca falta de seguridad esto dirige a reflexionar, en algunos casos, si ese pedido no hace más que dejar expuesta la consecuencia de una causa: el desinterés, y a veces el desdén por los marginados, olvidando que sólo por una cuestión del azar unos nacieron en un lado y otros en uno distinto a aquel. Un velo se despliega sin tener en cuenta que los privilegios pocas veces tienen que ver con el esfuerzo. Esto para nada quiere decir que con esfuerzo no se pueda lograr el desarrollo para tender a la meta perseguida, sino que además es necesario contar con las posibilidades concretas en donde poder aplicar ese esfuerzo. Resulta poco creíble la confusión de criterios que se utilizan soslayando la feliz suerte que han tenido algunos y la desdichada suerte de otros, sospechando incluso un regodeo, una comodidad y un placer en la permanencia e inamovilidad de la situación, que hasta puede, tal vez, tornarse la excusa para que el velo no se desintegre. Las afirmaciones son tan certeras en su entonación como si quien las profiriera hubiera hecho el recorrido empírico o abstracto correspondiente para arribar a tales conclusiones, sin reparar en que hay frases que se perpetúan a través del tiempo cargadas de una ideología que inevitablemente es absorbida y devuelta cíclicamente por generaciones, y que se corresponden a un análisis precario –si es que hay análisis- y se resuelven en una síntesis miserable en contraste a la importancia del problema (de otros).

Es inevitable en este punto recordar a Bobbio, en relación a la diferente actitud de los hombres frente a la igualdad y a la desigualdad. Unos, en tanto las consideran naturales, como correlato son ineliminables, mientras otros, en virtud de considerarlas sociales entienden que pueden ser eliminadas. Esta diferencia se proyecta como resultas de la visión de quienes creen a los otros hombres más iguales que desiguales y viceversa⁴, e impacta inevitablemente en las políticas que se implementan según cada criterio. Ambas ideas, con sus gradaciones, expuestas en forma radical en este párrafo, son las que atraviesan a las generaciones.

⁴ N. Bobbio, Derecha e izquierda, Taurus, 1996.

En cuanto a igualdad se refiere, una interpretación de las ideas de Hobbes expuesta por Claudia Hilb y Matías Sirczuk enuncia que “todos los hombres son vanagloriosos porque creen, de manera infundada, que son superiores a los demás”.⁵ Es menester hacer la salvedad de que esta interpretación se encuentra dentro de un análisis más extenso y que aquí lo traigo a los fines de adoptar como válido tal criterio, ya que en cierta medida, y sin querer aventurarme a una conclusión del tipo señalado con anterioridad, se infiere un ápice de sentimiento de superioridad que queda expuesto en el acto mismo de discriminación.

La pregunta que surge es en base a qué se mide la superioridad de un hombre sobre otro.

Disímiles criterios para este tema, pero lo importante en este punto es si vamos a pararnos en marcar las diferencias o en acortarlas, en gloria o vanagloria, en naturaleza o razón.

El misterio de la empatía

Empatía

Edith Stein, en su tesis doctoral cuyo título es “Sobre el problema de la empatía”, indica que la empatía no es una percepción externa, no es originaria, como tampoco lo es el recuerdo. Al evocar un recuerdo traemos a nuestro presente una vivencia pasada, esa vivencia fue originaria en el momento que sucedió, pero en este momento, en el presente, no es originaria en su contenido, sino que es originaria sólo en cuanto al acto de presentificación que se cumple ahora mismo.

Para Stein la diferencia de la empatía frente al recuerdo es que el sujeto de la vivencia empatizada no es el mismo que realiza la empatía, sino otro, están separados. En el recuerdo el sujeto de la vivencia es el mismo que recuerda.

Entonces y según sus palabras, **la empatía es sólo la vivencia no-originaria que manifiesta una originaria** y es importante distinguir la empatía del “cosentir”, ya que por ejemplo el alegrarse por la alegría del otro no sería por la misma alegría de esa persona, sino porque nos da alegría eso por lo que él se alegra, un cambio de objeto en esa acción, y además, que nos alegre eso de lo que él

⁵ C. Hilb y M. Sirczuk, Gloria, miedo y vanidad: el rostro plural del hombre hobbesiano, Prometeo Libros, 2007, pág. 17.

se alegra sería una vivencia originaria, en definitiva es un convivenciar el objeto de la vivencia ajena. Por ejemplo si siento la alegría del otro no quiere decir que traigo a mí la alegría de un recuerdo, “sino que aquel otro sujeto tiene originariedad, aunque yo no vivencio esa originariedad; la alegría que brota de él es originaria, aunque yo no la vivencio como originaria”. Así es como piensa la autora que aprehende el hombre la vida anímica del otro.

Tampoco es recordar vivencias del yo, ya que podemos entender las vivencias sin haber sido vivenciadas por nosotros, por ejemplo, el sufrimiento de una tortura, sentir la asfixia que se podría experimentar al ahogarse en el mar, etc. “Si no hubiéramos aprehendido el vivenciar ajeno de otra manera no podríamos traerlo en absoluto como dado para nosotros”. “Encerrado en los límites de mi individualidad no podría salir del mundo tal como se me aparece”⁶.

Por otra parte, la empatía es una capacidad humana relacionada con la inteligencia. Howard Gardner define a la inteligencia como “la capacidad de resolver problemas, o de crear productos que sean valiosos en uno o más ambientes culturales”⁷, y a la empatía la ubica dentro de la inteligencia que llama interpersonal, en cuanto reconocimiento de emociones ajenas. Según este autor, se multiplican las diferencias de las inteligencias personales e interpersonales tantas veces como culturas existan, ya que los símbolos cambian en cada una, y el reconocimiento del yo es otro de acuerdo con las características de esos símbolos propios.

Encontramos a Stein dentro de su campo, la fenomenología, analizando la empatía desde una perspectiva que deja afuera a la cultura. Dentro de su análisis, la empatía es la forma de conocer la vivencia del hombre en general. Gardner incluye a la cultura que conduce a una implicancia entre cultura y empatía, incluye a una comunidad de símbolos.

Hannah Arendt afirma que buscar sentido es comprender, comprender se basa en el conocimiento y éste no puede proceder sin la comprensión

⁶ E. Stein, Sobre el problema de la empatía, Trotta, 2004, págs. 82-83

⁷ Howard Gardner, Estructuras de la mente, Fondo de Cultura Económica Ltda., Colombia, 2001, pág 5.

inarticulada previa, comprender precede y sucede al conocimiento.⁸ Tomando en cuenta estas afirmaciones no habría una real empatía que pudiera ser utilizada en pos de un acercamiento entre culturas diferentes, ya que necesitaríamos de la comprensión de todas las culturas y ese conocimiento no es de fácil acceso si se quiere abarcar en su total dimensión.

Pero entonces ¿qué sucede con los hombres de una misma cultura? ¿Tenemos una cultura o somos una mezcla de culturas entre la originaria y la colonial? ¿Tenemos una cultura europea, inglesa, criolla, mestiza? Más allá de una respuesta a estos interrogantes que pienso evadir, se puede observar que dentro de una misma cultura tampoco es posible la empatía como medio de acercamiento. Ya vimos que hay gente que carece de empatía, otros que tienen empatía por sus pares, etc. La empatía, si bien en un primer momento me ha parecido una posible alternativa para pensar en una forma de acortar distancia entre las desigualdades de los hombres, con el correr de las lecturas ha decantado en una negativa rotunda como posibilidad, ni aún circunscribiéndola a una cultura determinada.

Dadas las conclusiones previas, entonces imaginarla como remedio para lograr un acercamiento a escala mundial está aún más lejos, inalcanzable hasta en el imaginario como herramienta para llegar a ese objetivo.

Ya he dicho que el individualismo nos aleja de la empatía, ya que poco nos importa el destino del resto si la preocupación se asienta en el ser individual y en los pocos seres que nos rodean como parte o prolongación de ese individualismo con base en el afecto.

Cuánto más pensar esto en un mundo globalizado de individualidades, donde los resortes de un sistema económico mundial han de seguir fortaleciendo la división conveniente entre países pobres y no pobres, y repitiendo el modelo hacia el interior de los mismos. El individualismo es parte de ese sistema, gracias a él puede funcionar, y por él la conciencia individual se vuelve indiferente frente al sufrimiento del otro, es una pieza más dentro del engranaje, un indicador de eficacia, de que el resultado fue logrado y seguirá su curso mientras la imaginación siga en su letargo.

⁸ C. Maryniuk, "Jirones de piel, ágape insumiso. Estética, epistemología y normatividad", pág. 16.

En la realidad que vivimos la empatía es arrastrada junto con la conciencia al más recóndito paraje de la existencia: sin conciencia no hay empatía posible, no hay conocimiento del otro. Si no se toma conciencia de aquel que queda al desamparo, termina siendo como el árbol que se cae en el bosque. Si la empatía procede con los seres cercanos -significaciones comunes entre pares-, no es posible esperar que lo mismo suceda con los que están lejos de nuestra realidad. El lejano, el distinto es objeto de una suerte de mandato, al que no hay que mirar, como si el fantasma de una transferencia indicara que si “ese” del otro lado se mueve modifica de algún modo el lugar de otro, de aquel que lo mira.

Reconocimiento del otro termina siendo una frase que es utilizada en el reconocimiento de pares, y que queda cristalizada en un discurso cuyo objetivo es otro o culmina en intención. La individualidad es correlato del discurso y puesta en práctica de un sistema económico, sumado al individualismo propio del ser humano, son condimentos que desmedran la condición social.

También Martyniuk afirma que la empatía demanda “la existencia previa de un mundo común de significaciones”. Más allá de las culturas, la pregunta es ¿no hay un mundo común de significaciones propias del ser humano por el solo hecho de serlo? Esto parece haber sido contestado, las significaciones comunes abarcan una diminuta parte de acercamiento del que se necesitaría entre los seres humanos para que sirva al fin buscado.

Si bien el sentido común indicaría que seres racionales que entienden que el otro es de su misma especie, sin llegar a sentir empatía deberían llegar por la razón a comprender que los demás pueden experimentar sensaciones y necesidades parecidas en lo más básico de las necesidades y sensaciones humanas, la experiencia parece indicar otra cosa: la no comprensión, la falta de conocimiento o lo que es peor, el desinterés por ese conocimiento. Cuestiones tan básicas como dolor, hambre, frío, necesidades sin diferencias culturales, -ser (humano) al desnudo- no alcanzan como significaciones comunes.

Conclusión

El mundo globalizado y globalizante ha hecho de la división su estandarte, dualismo (iguales-distintos) impío y deshonesto en su esencia.

Poner la atención y la presión en los hombros de la empatía suena a utopía, es poco probable concientizar a millones de personas respecto de otras tantas. Este trabajo demandaría una educación y políticas de Estado puestas al servicio de una capacidad humana tan inasible como el pensamiento.

El ser humano vive la vida que le toca y muy rara vez la empatía implicará dejar cosas propias en el camino.

Tengo la certeza de que una cultura de la empatía sería un camino que podría ayudar en pequeño grado a mitigar el desinterés por el otro, pero no es el remedio, porque las significaciones comunes inherentes a ser un humano estuvieron dadas siempre, mas no parecen haber influido para un acercamiento global, como sí lo ha hecho la cultura de las diferencias en su objetivo contrario.

Los españoles han visto en los indígenas un cuerpo de humano y sin embargo no fueron más que objetos o, en todo caso, seres asimilables a los animales. La tortura tiene una historia muy antigua, los genocidios también, no hay indicadores de empatía por ser el otro tan humano como el que busca aniquilarlo.

El hombre parece no ver al otro, y cuando hablo de otro me refiero a esos otros que son lo suficiente distintos a él (hombre que ignora al otro) como para forjar una distancia tal en donde ese otro no tiene nada que ver con su vida.

No voy a negar que en algún momento pensé en la empatía como un largo camino de concientización social, pero rápidamente me he dado cuenta que es un difícil objetivo y con muy pocas posibilidades de vencer.

No se puede apelar a algo que no se tiene muy claro cómo funciona a ciencia cierta. Hay estudios que han dicho que algunas personas carecen de empatía, que otras tienen un grado alto de empatía, otras un grado medio. Trabajar sobre las personas que no tienen empatía y cómo hacerlo y los resultados sería una labor muy engorrosa y una energía puesta en miras de un resultado incierto, esos esfuerzos deben estar puestos a la postre de un principio regente en materia de políticas de Estado que tiendan a acortar la brecha entre los dos polos ideológicos del mundo⁹, pero para eso se necesitan personas que tengan una conciencia social por sobre la individual.

⁹ Debo aclarar que no pierdo de vista los grises, pero en mi opinión subsisten esos dos polos que, sin llegar a los extremos experimentados en la historia viven en constante tensión.

No es utopía, no es comunismo. Si se pide un mundo seguro no es a cambio de nada, es necesario sí o sí pensar en el otro, y devolver de alguna forma lo que se nos ha otorgado por azar, por herencia, muy pocas veces por mérito propio.

Hay miles de hombres y mujeres que han dado su vida a la ayuda de los más necesitados, desde la práctica hasta el pensamiento y viceversa. Es necesario encontrar una forma de acortar las distancias entre privilegios azarosos y vulnerabilidad, riqueza y pobreza.

Hay una necesidad implícita en la búsqueda de acortar desigualdades, que es encontrar el parámetro de bien común y que sea posible su desarrollo fáctico. El individualismo a su máxima potencia posibilita la ficción de la soledad inmersa en un mundo social.

“Nadie es una isla por completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo de un continente, una parte de la Tierra. Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; por eso la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por tanto, nunca preguntes por quién doblan las campanas, porque están doblando por ti».

John Donne.

BIBLIOGRAFÍA:

- Stein, Edith (2004), Sobre el Problema de la Empatía, Madrid, Trotta (Edición original de 1917).
- Baron-Cohen, Simon (2012), Empatía cero (nueva teoría de la crueldad), Madrid, Alianza.
- Maryniuk, Claudio (2011), Jirones de piel, ágape insumiso. Estética, epistemología y normatividad, Argentina, Prometeo.
- Bobbio, Norberto (1996), Derecha e Izquierda, Madrid, Taurus.
- Hilb, Claudia y Sirczuk, Matías (2007) , Gloria, miedo y vanidad: el rostro plural del hombre hobbesiano, Argentina, Prometeo.
- Gardner, Howard (2001), Estructuras de la mente, Colombia, Fondo de Cultura Económica.